

## 021. Dos enemigos implacables

¿Es difícil creer en Dios? ¿Es fácil aceptar a Dios? ¿Por qué se acoge uno a Dios o por qué se le rechaza?...

Son muchas las veces que hablamos de este tema. Y no es por los *ateos*, que existen ciertamente, sino por nosotros mismos, quiero decir, por tantos bautizados que no acaban de aceptar todas las exigencias de nuestra vocación.

La respuesta a esas preguntas, tantas veces repetidas, se la daba un escritor a sí mismo, aunque lo decía muy intencionadamente para los demás:

*- Toda la culpa de que yo no sea un ser excepcionalmente bueno la tienen mi cabeza y mis pies. Mientras la cabeza quiera subirse sobre las nubes para igualarse con Dios, y los pies no se suelten del fango en que se revuelven, que nadie espere milagros de mí.*

Muy bien dicho. Y no creo que necesitemos mucha agudeza para aceptar este diagnóstico tan atinado. Porque con ello nos señala a dedo, y muy certeramente, los dos enemigos de nuestra fe: el orgullo y la sensualidad.

En la cabeza del soberbio no cabe Dios. Y el que se sujeta a cualquier pasión no puede seguir los pasos de un Dios que es todo limpieza...

En el Evangelio lo tenemos muy claro.

Dios esconde sus secretos a los sabios y entendidos del mundo, es decir, a los soberbios.

Y además, sólo los limpios de corazón ven o descubren a Dios.

Siempre ha sido así, pero en nuestros días esta cuestión se ha convertido en algo muy candente.

Por una parte, se nota en el pueblo una verdadera hambre de Dios. En este punto hay que ser verdaderamente optimistas.

Por otra parte, sin embargo, vemos cómo grandes sectores de la sociedad se alejan cada vez más de Dios. Y, puestos a buscar las causas del mal, siempre venimos a parar en lo mismo: la *soberbia* y la *sensualidad* son los dos grandes obstáculos que se oponen en nuestra carrera para alcanzar a Dios.

Y el orgullo y la sensualidad son precisamente las dos grandes culpas que hoy comete tan impunemente el mundo. Las ha cometido siempre; pero hay épocas, como la nuestra, que se distinguen por este desorden tan peligroso, que lleva al alejamiento y al abandono total de Dios.

El **orgullo** ha sido siempre el gran enemigo de la fe y de la obediencia a Dios. El orgullo es el pecado del demonio, el cual, cuando logra inyectarlo en el hombre, ha conseguido su mayor y fatal victoria. Podemos esperar la salvación del mayor pecador, con tal que no se ensoberbezca delante de Dios. Cuando se enfrenta ante Dios por el orgullo, no hay nada que hacer.

Solamente el humilde entiende a Dios... Es el único que no encuentra ninguna dificultad ni en su existencia, ni en su amor, ni en sus promesas, ni en sus premios.

El soberbio, por el contrario, como se empeña en medir a Dios con su cerebro, no tiene más remedio que rechazarlo, porque jamás el metro de ese su cerebro tan pequeño será capaz de abarcar con sus extremos a un Dios que no tiene límites en su ser.

Y está después la **sensualidad**, en las mil variadas formas con que se presenta: será el alcohol, será la droga, será, sobre todo, el sexo desbordado...

Mientras en la vida no haya otra ilusión que disfrutar y disfrutar, y el placer sea la norma de toda la actividad humana, el hombre se irá alejando cada vez más de Dios, ideal demasiado elevado para quien se arrastra por la tierra como un reptil.

Y nadie que abra los ojos podrá negar que éste es el principal problema con que se enfrenta nuestra sociedad: se abandona a Dios porque se prefiere disfrutar sin estorbos del placer a como dé lugar...

El orgullo y la sensualidad del hombre moderno se han aliado para venir a ser los dos una misma cosa. Y se dice ese hombre moderno que se ha alejado de Dios:

- *Sí, Dios está muy bien; pero es que yo no lo necesito. Disfruto bien de la vida sin Dios.*

Así se ha convertido la autosuficiencia en el gran enemigo de la fe. Mientras que la humildad y la conducta limpia son el sostén más fuerte de esa fe nuestra.

Un ejemplo hermoso de esto lo tenemos en el caso de una gran convertida.

Una judía rusa, la célebre Raquel María, abrazó el catolicismo. El sacerdote que la dirigía sabía lo muy difícil que es a veces el aceptar la Confesión sacramental. Eso de revelar las miserias morales propias a un hombre, para que las perdone en nombre de Dios, es algo que los de fuera se resisten a aceptar. Les resulta muy cómodo el *Yo me confieso directamente con Dios*, como dicen tantos.

Pues bien, el sacerdote preguntó a la convertida antes de administrarle el Bautismo:

- *¿Acepta la confesión y la absolución por medio del sacerdote?*

Y Raquel María, generosa:

- *¿Por qué no? He aceptado la A, y debo aceptar hasta la Z.*

Cuando se lucha con esta valentía contra la sensualidad y el orgullo, Dios, Jesucristo, la Iglesia, no ofrecen dificultad alguna.

Nosotros, que lo aceptamos con la gracia de Dios, lo sabemos más que de memoria... Por eso precisamente repetimos con una convicción profunda:

- *¡Señor! Para verte con la fe en esta vida, y para poder contemplar tu rostro en la venidera, consérvanos sumisa la cabeza y guarda claros nuestros ojos...*